

las encomiendas, la colonización antioqueña, la fundación de pueblos y caseríos que hoy son pioneros del desarrollo nacional, y el esbozo histórico de la economía cafetera.

En este recorrido merecen especial mención el camino por el Ande Quindiano entre Popayán y Bogotá, y la colonización. "El caucho, el oro, los cerdos; además la fuga de las guerras civiles; la amenaza de retaliaciones políticas y tal vez una porción romántica de aventura, fueron el origen remoto de la colonización quindiana" (p. 76).

Hacia 1842 se fundó un presidio en el punto llamado Boquía, que dio origen a la población de Salento. Esta fue la antesala del Quindío: de allí se diseminaron colonos abriendo montaña, construyendo casas y multiplicando sementeras.

La narración está llena de menciones a personajes famosos: el legendario Fermín López; Catarino Cardona, abogado defensor de los colonos, a quien por venganza le inventaron la leyenda de que padecía lepra; Zabulón Noreña, acaso el primer líder agrario del Quindío; Segundo Henao Patiño, fundador de Calarcá; Leonidas Scarperta quien hacia 1880 fue de los primeros cultivadores de café en la zona; Román María Valencia, coleccionista de mariposas, coleópteros y pájaros... y muchos otros pioneros, agricultores, arrieros, negociantes y visionarios que llenan de hechos memorables las páginas de la historia.

La crónica se originó por el interés del autor en la microhistoria de la ciudad de Calarcá. Pero fue necesario ampliar el entorno para explicar las interrelaciones entre la agricultura y el desarrollo urbano. Y la marcada influencia de y hacia otras ciudades y poblaciones de la provincia. Como afirma el mismo Lopera, desde finales del siglo XIX hay varias épocas claramente definidas: el asentamiento de colonos, el origen de los conflictos entre colonizadores; la aparición de los propietarios arrieristas; el nacimiento y extensión de la industria cafetera; el impacto de los movimientos migratorios sobre la composición social y económica de la zona y los altibajos de la economía y sus efectos en el desarrollo de la región (p. 11). Sobre estas épocas hay abundante documentación estadística, que aparece dosificada o citada en el libro.

Sin embargo, este ensayo de Lopera Gutiérrez se lee con fluidez, como una novela, sin que con esto demeritemos su rigor académico: más aún, el autor no queda satisfecho. En el epílogo del libro expresa su inquietud de que doscientas páginas no pueden ser suficientes para contar esa crónica maravillosa y abultada de la colonización antioqueña, y que se propone penetrar por estratos

más íntimos, seguramente hasta llegar a lo que Miguel de Unamuno denominara "intrahistoria"; es decir, la decantación de lo histórico, la solera de la cultura, el sedimento del paso de los años, para darnos en el futuro una novela sobre estas mismas gentes y parajes. "No hablar de la colonización, sino *dentro* de ella" (p. 189). Este deseo es comprensible y laudable. Lo que llamamos "la verdad" o "la realidad", en algún punto se toca con la "verosimilitud". Cuando la rigidez de los documentos oficiales impide el vuelo de la imaginación, se hace necesario otro instrumento más libre y poderoso, el de la ficción, que no sólo llena los vacíos de la historia, sino que nos acerca más emotivamente a lo que fue, o a lo que quisiéramos que hubiera sido.

George R. McMurray Spanish American Writing Since 1941: A critical survey

New York: The Ungar Publishing Co.,
1987, 340 páginas

Donald L. Schmidt
University of Colorado at Denver

En su prefacio George McMurray explica que *Spanish American Writing Since 1941* se escribió principalmente para el angloparlante que quiere familiarizarse con la cultura de Hispanoamérica. También, McMurray anticipa que por esa misma intención su libro será de poco interés al especialista. En esto no está del todo equivocado, pero el libro sí tiene valor para el especialista, debido a la cantidad y precisión de los datos objetivos presentados en la obra. Estos le serán muy útiles al estudioso cuando en sus investigaciones quiere verificar una fecha, un título o un nombre.

La abundancia de datos en *Spanish American Writing Since 1941* podría inundar al lector angloparlante, pero McMurray adopta un sistema organizador que sirve de guía selectiva. Primero, empieza cada una de las tres partes principales del libro (dedicadas a la ficción, a la poesía y al drama, respectivamente) tratando con detenimiento a unos pocos autores (de 6 a 10) de mayor

relieve en el género. Luego, en una sección titulada "Y otros muchos", procede de país en país con comentarios breves sobre otros numerosos escritores notables.

Como el lector a quien se dirige principalmente no sabe mucho de Hispanoamérica, McMurray empieza su libro con una lúcida introducción cuyas pocas palabras esbozan el contexto histórico-cultural imprescindible para un estudio de la literatura hispanoamericana. Al esbozar este contexto, McMurray examina la contribución del ensayo al pensamiento hispanoamericano, inclusión casi obligatoria aquí, puesto que el ensayo está excluido del resto del libro.

En la selección de escritores de mayor relieve, McMurray demuestra un juicio sólido, aunque, por supuesto, una selección de este tipo es de naturaleza algo arbitraria. La selección de los principales escritores del famoso "boom" en la prosa hispanoamericana, por ejemplo, es siempre problemática. Para McMurray, estos escritores son: Julio Cortázar, José Donoso, Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Guillermo Cabrera Infante y Mario Vargas Llosa.

Entre las ocho figuras mayores de la poesía que selecciona McMurray (Gabriela Mistral, Vicente Huidobro, Jorge Luis Borges, Nicolás Guillén, Jorge Carrera Andrade, Pablo Neruda, Octavio Paz y Nicanor Parra), uno podría cuestionar la inclusión de Huidobro, debido a que apenas publicó durante el período del cual se ocupa el libro —de 1941 en adelante. Por otro lado, se le puede agradecer a McMurray la inclusión de Borges, cuya obra poética muchas veces alcanza la misma calidad de su obra en prosa, pero en pocos casos recibe el debido reconocimiento.

La selección de los dramaturgos más importantes es también buena (Rodolfo Usigli, René Marqués, Carlos Solórzano, Emilio Carballido, Egon Wolff, Griselda Gámbaro, Osvaldo Dragún, Jorge Díaz, José Triana y Vicente Leñero), aunque se le puede cuestionar la inclusión de dos o tres de estos nombres cuando están excluidos dramaturgos de la estatura de Enrique Buenaventura, de Carlos Gorostiza, y de otros varios. Para hacerle justicia a McMurray, sin embargo, hay que notar que Buenaventura, Gorostiza y prácticamente todos los demás por lo menos están comentados en la sección "y otros muchos".

De ahí que todos los autores "consagrados" de la literatura hispanoamericana contemporánea están comentados en una u otra sección del libro, produciendo en este sentido un panorama bastante completo. Por otro lado, en su aspecto cronológico el libro queda un poco incompleto, debido a

que McMurray tiende a enfocar en obras publicadas antes de la década actual, y sobre todo en obras publicadas en los años sesenta. Esta tendencia se nota más en las partes dedicadas a la poesía y al drama que en la sección sobre la prosa. De las obras dramáticas, por ejemplo, se mencionan aproximadamente 107 de los años sesenta, 40 de los años setenta, y sólo 5 de la década actual. Por un lado, esto podría crear en el lector la impresión de que el género se va extinguiendo precipitadamente, lo que no es cierto. Por otro lado, en defensa de las selecciones, la mayor atención a las décadas anteriores a la actual contribuye a limitar un poco la prodigiosa cantidad de datos, y permite una mayor concentración en obras de una importancia ya reconocida en cada género. Son éstas las que indiscutiblemente merecen atención, y son las obras que con mayor frecuencia están traducidas ya, factor de interés al lector angloparlante.

Afortunadamente, las sutilezas de selección no le importan tanto al lector angloparlante como al especialista. Lo que sí le importa a todo lector es la claridad retórica del libro, y en esto McMurray acierta notablemente. Escribe siempre con lucidez, y, aunque usa términos del análisis literario, evita los términos muy especializados que se han puesto de moda entre las diversas tendencias críticas del día. Sabe resumir la trama y captar la esencia temática de una obra en poquitas palabras. Esto se manifiesta tanto en sus comentarios sobre la narrativa y el drama como en los dedicados a la poesía. Lo que no hace con la misma uniformidad es comentar el aspecto formal de las obras poéticas. Puesto que las cualidades métricas —o la falta de ellas— son siempre indispensables al poema, cuando no las incluye, el autor limita un poco la utilidad de su comentario para todo lector.

En el análisis temático, tanto de la prosa como de la poesía, McMurray destaca el elemento sociopolítico, el existencialista, el psicológico, y el mítico, según el caso. Esto es, su aproximación literaria es flexible, y no insiste en un solo tipo de interpretación predilecto. Tampoco insiste en comentar a escritores de todos los países hispanoamericanos en todos los géneros por motivos meramente diplomáticos, como sucede a veces en libros panorámicos cuyos autores no quieren ofender por medio de la exclusión. Por ejemplo, a la poesía hondureña del período McMurray dedica un total de nueve renglones en los cuales menciona a un solo poeta cuya obra en la opinión del autor le ha ganado un puesto duradero en el género. Esta adhesión a criterios estrictamente literarios es

elogiable, sobre todo porque así se le presenta al lector angloparlante un informe de la literatura hispanoamericana equilibrado y sin distorsiones.

Escribir un informe justo, equilibrado y completo para un lector sin previo conocimiento de la literatura hispanoamericana, como propone hacer McMurray en *Spanish American Writing Since 1941*, es un proyecto bien distinto del de escribir para un especialista, y hay que juzgar el resultado conforme a esta distinción. En la selección de autores y obras, en su perspectiva crítica, y en el tono y la claridad de su retórica, McMurray se ciñe a los criterios apropiados a su tarea con una consistencia admirable, mientras que proporciona una abundancia de datos útiles a cualquier lector. De ahí que su libro cumple con su propósito, y será valioso no sólo para el público previsto, sino también para el estudioso en busca de un detalle olvidado.

Manuel Mejía Vallejo La sombra de tu paso

Bogotá, Planeta, 1987

Germán Vargas
Barranquilla

Si mis cuentas no andan mal esta es la octava novela publicada por Manuel Mejía Vallejo, el gran maestro antioqueño. *La sombra de tu paso* es su nombre y se presenta como lo que en verdad es: una novela de amor. Una excelente novela de amor que nos cuenta además muchas cosas acerca de su autor. Para conocerlo mejor y para acrecentar aún más el afecto, el sentimiento de cordial amistad que crece en todo aquel que lo va conociendo a medida que lo trata.

Y es que en pocos, quizás en muy pocos, de los escritores colombianos contemporáneos, es posible encontrar a un hombre íntegro, honrado, cabal, como en el caso de Mejía Vallejo. Y los tres adjetivos anteriores lo definen igualmente como escritor, narrador y poeta con una veintena de libros publicados hasta ahora. En ellos está ese mundo singular que Manuel Mejía ha creado en

su vida y en su obra. Que tiene la gran particularidad de no parecerse a nadie.

Mejía Vallejo no imita a nadie pero, lo que es menos común, a nadie envidia. Y es todo generosidad. La que reparte con su estímulo entre los escritores más jóvenes, entre aquellos que apenas comienzan y a quienes orienta y enseña desde esa magnífica cátedra semanal que es el taller de literatura por él dirigido en la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, los miércoles por la tarde. Allí él ayuda, con su ejemplo y con sus conocimientos y experiencias, a que se formen escritores. Pero escritores que sean ellos mismos y no ciegos seguidores de los postulados estéticos o narrativos del maestro.

La sombra de tu paso (Planeta, Bogotá, 290 páginas) hace parte de la colección Autores Colombianos. Es, como ya se dijo, una hermosa novela de amor, en la cual Manuel Mejía Vallejo recrea con maestría ambientes y situaciones con personajes que se desenvuelven en ellos con la misma naturalidad con que suelen hacerlo las gentes en su vida cotidiana. Su prosa es rica y al mismo tiempo fresca y clara. La narración fluye sin complicaciones estilísticas, sin apelaciones a la retórica rebuscada. Y todo ello contribuye para que el lector se entregue con tranquilidad, es más, con placidez, a su lectura.

Y a que siga interesado avanzando sin tropiezos, en forma amable, grata, a lo largo de sus casi trescientas páginas. En ellas, los diálogos, los abundantes diálogos, son otro acierto. Otra demostración plena de lo que ha de ser un novelista auténtico, un maestro de verdad. Que sabe contar a los lectores de su novela qué es y cómo es el amor. El amor-amor de que habla la popular canción vallenata.

Las compensaciones leales

En una nota que se destaca en la contraportada de este libro, Manuel Mejía Vallejo se describe como él siente que es, en lo esencial. Y como sus amigos sentimos y sabemos que es. Lo dice en apenas siete líneas. Son estas: "En esta larga tarea de ser hombre he tenido compensaciones leales: el rostro claro de los amigos, la calidez en la voz de la mujer, la sonrisa y el asombro ensoñador de los hijos, la solidaridad en la familia, y el afecto de un pueblo al que tanto debo y al que trato de compensar en libros, a veces desolados".

Mejía Vallejo nació en Jericó en 1923. En Venezuela y los países centroamericanos ejerció el periodismo, al igual que en diferentes diarios de